

Los anacrónicos

Ignacio Padilla

Con este cuento, Premio Juan Rulfo-Radio Francia Internacional 2008, el escritor Ignacio Padilla confirma su innegable talento narrativo.

Hablaban de la guerra como si no la hubiesen perdido hacía más de treinta años. Y como si aún pudieran ganarla. Remembraban las tragedias de esos tiempos con tanto ardor como la de ayer mismo, y el suicidio reciente del alférez Bautista adquiría en sus conversaciones el relumbrón de una tragedia tan vieja como ellos. De pronto esa muerte parecía también una farsa, una mascarada idéntica a nuestra conmemoración anual de la batalla del Zurco, con su aire de efeméride escolar bañada en sangre de apilex y cañoneada con cohetones comprados donde los chinos. Se mató como un valiente, dijo el capitán Margules cuando entró renqueando en el café de mi padre. Sus camaradas asintieron al unísono como si la sentencia fuese una orden incuestionable. Pero el resto de los presentes no acabábamos de creer lo que estaba ocurriendo. ¿No habríamos tenido que oír el disparo quienes vivíamos cerca de la casa del alférez? ¿Por qué había de matarse nadie a sus años? ¿No lo habíamos visto la víspera, charlando con los veteranos en su eterno banco de la plaza, afinando con ellos los últimos detalles de la próxima conmemoración de la batalla del Zurco?

Lo encontró el propio capitán Margules, quien fue a buscarlo cuando se hartó de esperar a que llegase para el vino de mediodía. Ni diez minutos concedió al desgraciado alférez para presentarse: a las doce con ocho el capitán miró su reloj, emitió una maldición y salió bufando del café como si aún tuviese potestad sobre su camarada y acariciara el propósito de hacerle fusilar por insubordinación, por lesa majestad, o por lo que me venga en gana, maricón, que ya está duro el

alcancel para zamponías. Así iba gritando el capitán por el borde de la calle que conducía a la casa del suboficial Bautista. Así gritaba todavía cuando empujó la puerta y olfateó el dulzor de la pólvora quemada, la consistencia de la muerte recién impresa en los muros y en la mesa camilla, entre los restos de una cena a medio terminar y sobre el camastrón donde naufragaba el alférez Bautista en un charco tan abundante que era difícil creer que tanta sangre pudiera haber pulsado alguna vez en un cuerpo tan pequeño. Sólo al verle el capitán Margules bajó la voz y susurró qué mierda, Quinito, a buena hora se te ocurre reventarte el ánima. Qué mierda, repitió cerrándole los párpados con un ademán cien veces repetido cuando ambos eran jóvenes, pero tan dulce esta vez que luego el capitán dio gracias al cielo de que nadie lo hubiese sorprendido en un instante tal de debilidad.

* * *

El capitán Nicolás Margules organizaba reuniones semanales donde los veteranos del Regimiento Santa Engracia discutían la celebración de su única victoria en una guerra remota y más bien turbia. Convocaba a los sobrevivientes de la batalla del Zurco con una autoridad tan marrullera como incontestable. Los reunía cada jueves en el café que regenteaba mi padre en los portales de la plaza. Y si había un nuevo dato aportado por el recuerdo cada vez menos fiable de sus camaradas, o por la diligencia archivística del alférez Joaquín Bautista, el capitán se aplicaba enseguida a perfeccionar el ritual.

Afinados los detalles, los veteranos revisaban la batalla de punta a cabo como si en efecto estuviesen en un tris de volver a jugarse el pellejo frente a los federalistas. Repasaban su coreografía guerrera con un entusiasmo en el cual los acontecimientos del pasado adquirían esa vigencia solemne que sólo parece reservada al futuro: una posteridad de disparos que todavía, por extraño prodigio de la memoria, parecían aún por detonarse en la vasta llanura del Zurco. Aquí arraigaremos dos baterías, anunciaba el capitán Margules señalando con su bastón de mando el mismo mapa de campaña en el que medio siglo atrás habrían diseñado su triunfo los oficiales del Regimiento Santa Engracia. Los rodearemos por el flanco derecho, proseguía. En esta loma hay que andarse con cuidado, señores, porque en ella abatieron los federalistas al general Iruegas, quien cayó del caballo sin quitar la mano del sable, la izquierda, se entiende, porque era zurdo. Aquí rompimos a las mil quinientas la columna del Sexto de Zapadores con un saldo de ocho de los nuestros contra veintisiete de esos cabrones, sentenciaba en sus ensayos el orgulloso capitán Margules.

En el cafetín de mi padre, convertido de pronto en un estado mayor de carcamales, el alférez Joaquín Bautista presentaba luego una maqueta que él mismo había fabricado con lingotes de plastilina y macizos de árboles raquíticos tan parecidos a los reales que hasta se antojaba ser enano para tumbarse a su sombra. De

repente aquella imagen micrométrica de nuestros campos de labranza se llenaba de soldaditos de plástico pintados por el alférez Bautista con la infinita paciencia del niño envejecido en el que para entonces se habían transformado él mismo y sus compañeros de lucha. No bien colocaba su maqueta sobre la mesa, el alférez se ponía muy serio y recitaba una elegía por sus camaradas ausentes, no sólo quienes murieron en la batalla del Zurco, sino aquellos que a partir de ese día glorioso habían ido sucumbiendo al paso del tiempo o a la impiedad de aquel ríspido aguardiente que desde la capitulación se había convertido en el más devastador enemigo del Regimiento Santa Engracia.

Cuando terminaba su letanía el alférez, el capitán Margules retomaba la palabra y decía: Ésta es la batalla del Zurco, señores, tal como ocurrió, y es una vez más nuestro deber luchar en ella para gloria de nuestra Segunda República y para ejemplo vivo de las generaciones por venir. Con esa misma cantaleta nos salía más tarde el Señor Regidor cuando se acercaba la fecha de la conmemoración. Así nos sermoneaba también el cura cada tercer domingo del año y cada día por la tarde desde un mes antes de conmemorarse la histórica contienda. Así lo recitaban con desgano mi padre y los padres de mis amigos, como lo habían hecho los suyos desde la guerra, una guerra que para nosotros venía a indicar poco menos que el principio mismo de los tiempos.





A los niños de ese entonces nos parecía que aquel evento no se verificaría nunca, y que de tan anunciado tendría que fracasar, por lo menos una vez en su historia, gracias a un meteoro justiciero o a un decreto presidencial que nos liberase de aquel discurso machacón que francamente nos causaba más gracia que alegría. Pero la fecha llegaba indefectiblemente. La conmemoración volvía siempre a nuestra vida con su constancia absurda y paquidérmica. Llegaba el día exacto a la hora exacta, y había que ver cómo se las gastaban entonces los ancianos del Regimiento Santa Engracia. Ese día el aire pueril de sus reuniones en el cafetín de mi padre se esfumaba por momentos para hacerlos parecer auténticos, casi épicos. Se diría que una conjunción de astros les había insuflado la noche previa algún modo de sangre nueva. Atildados y soberbios, los veteranos bajaban muy de mañana las escaleras del edificio municipal golpeando muy fuerte las baldosas, con energía castrense inusual para su edad. Los que habían sido oficiales se llevaban la mano a la sien al cruzarse con el Señor Regidor y el capitán Margules, que estaba junto, y luego la dejaban caer con un desgaire de cadetes digno de mejores causas. Salían después a la calle principal, haciendo retumbar la grava, braceando, tal vez marcándose mentalmente el paso. Entonces, viniendo no se sabía de dónde, de una ventana abierta o del enrejado de un balcón, se escuchaba un grito impertinente que les hacía volverse

rígidos de furia buscando al culpable anónimo sin la menor esperanza de identificarlo, pues en el fondo sabían que ese ofensivo grito sin dueño era también parte inseparable de la conmemoración: En el Zurco, en el Zurco, los disparos son de salva. En el Zurco, en el Zurco, Iruegas combatió de espaldas. Tras el balcón o la ventana, el gritador se escabullía siempre sin mayores consecuencias, protegido por el salvoconducto de ser todavía un niño, siempre un niño, el más audaz de aquella tarde, el que habría sido designado por sus pares para iniciarse con ese grito en nuestra propia e incipiente hermandad, una cofradía que a su modo era también una maqueta pueril y liliputiense del Regimiento Santa Engracia.

Ahora pienso que gritar así y aquello en los fastos de la batalla del Zurco era nuestro modo de reconocernos, una insignia para integrarnos sin dolor a la burlería de nuestro pasado pueblerino. El grito rimado era un ultraje inevitable, aunque nunca podíamos estar seguros de por qué indignaba tanto a los viejos del Santa Engracia. Entendíamos apenas que aquel estribillo era un cuestionamiento esencial, la mancha necesaria en una historia que se quería inmaculada, el recordatorio de algo ignominioso que ni siquiera nuestros padres entendían, aunque igual lo habían gritado ellos cuando niños, y aunque ahora ellos mismos nos reprendiesen con impostada dureza cuando acabábamos de hacerlo: Si te atrapan, mocos, el

capitán te levanta una marcial aunque tengas menos de diezaños, si te atrapan, pendejo, te fusilan sin sumario los héroes del Santa Engracia. Ante tales amenazas, pensábamos que aquel grito sobre el general Iruegas debía ser un insulto no sólo contra los veteranos sino contra el pueblo entero. Un escarnio ritual que no obstante escondía un secreto terrible que saldría a flote más temprano que tarde, como hizo al fin, cómo negarlo ahora, el negro día en que el alférez Joaquín Bautista se mató, vaya cosa, señores, disparándose en el pecho cuando rayaba la venerable edad de setenta años.

Nos habíamos resignado a sus alardes como otros se resignan a quedarse calvos. Nos habíamos acostumbrado a que la conmemoración de la batalla del Zurco fuese parte de nuestra vida y de nuestra memoria. Pero jamás nos hicimos a la idea de aceptar a quienes eran contratados cada año para encarnar al enemigo federalista. Llegaban por oleadas en agosto. Se instalaban en nuestras casas, plazoletas y jardines con una chulería marcial que parecía diseñada para que en verdad los odiásemos. Era como si la correcta escenificación de la batalla del Zurco exigiese también una auténtica prevención hacia ellos, la atmósfera de un pueblo en verdad ocupado, siempre a punto de ser expuesto, violado, escarnecido por un ejército avieso.

Ahora entiendo que a los viejos del Regimiento Santa Engracia les gustaba cultivar aquella xenofobia, tal vez porque sabían que al derrotar a esa detestable tropa de forasteros se allegarían algún tipo de gratitud, ya no sólo durante la conmemoración de la batalla del Zurco sino en una auténtica contienda entre los de Aquí y los de Allá. Era habitual que nuestros padres se quejasen de los modales del enemigo, carajo, que se apropian de las cantinas y las pensiones, mierda, que se sienten dueños hasta de la luz del día. En cualquier caso, sabíamos que aquella soldadesca de pacotilla nos acarrea dinero. Los forasteros eran financiados por el Ministerio de Cultura en sospechosa colusión con una sociedad internacional de individuos consagrados a la reproducción de batallas célebres por el ancho mundo. Venían en autobuses escolares y dilapidaban fortunas en comida y aguardiente. Era necesario que viniesen putas de otros pueblos para atender la urgencia de esa marea descomunal de hombres relativamente jóvenes que no acababan de tomarse en serio su misión de dejarse derrotar por una tropa de ancianos cada vez más diezmada. Poco antes de la llegada de los forasteros, las calles eran reconstruidas y las casas repintadas. En los últimos años llegaban también con ellos los técnicos de una televisora local que se encargaban de registrar el magno evento. Llegó a

decirse que alguien había visto un programa dedicado a nuestros fastos en un canal de televisión extranjero.

Entretanto el enemigo se instalaba ruidosamente entre nosotros y se alistaba para la batalla como si ésta sólo fuese una vacación con gastos pagados, una oportunidad para olvidarse por un rato de los estudios universitarios o de una cotidianeidad de oficinistas que de cualquier modo era más apetecible que la vida de provincias. El desprecio de esos hombres por nuestras cosas iba a parejas con la veneración con que los miraban las muchachas, quienes recibían de sus madres un farrago de advertencias que no siempre resultaron efectivas. Apenas un año antes de que muriese al alférez Bautista, nos sacudió el escándalo de un mozalbete de belleza extraordinaria que había llegado con los otros para representar, si mal no recuerdo, a un sargento primero de las fuerzas federalistas. El joven no debía tener ni veinte años, pero se comportaba con la altanería de un general de división. Era un seductor de cepa, la antítesis de los viejos del regimiento Santa Engracia. Sus compañeros le trataban con la admiración que espolea la hermosura, y los nuestros le repudiaron enseguida como si su mera existencia fuese una aberración de la naturaleza. Los jóvenes del pueblo percibieron de inmediato el peligro de su competencia entre las muchachas. Por eso se dieron en seguida a criticarlo por sus modales afeminados como si con ello pudieran enaltecerse por simple comparación o porque entre ese señorito de ciudad y los recios campesinos del llano tenía que haber por fuerza una insuperable diferencia de casta. Con todo, no hubo entre ellos desencuentros. Las francachelas del muchacho se limitaron a los lugares, las mujeres y las calles que le estaban reservadas, de modo que llegamos a creer que su visita quedaría en nuestros anales sin pena ni gloria. No fue así: un día antes de la conmemoración de aquel año, el hermoso sargento federalista amaneció muerto en el burdel de un pueblo vecino, acuchillado con una saña que más de uno juzgó merecida por corresponder a la desazón que su mera presencia había llegado a provocar entre los nuestros.

Como un valiente, siguió diciendo el capitán Margules con un énfasis que muy pronto comenzó a ser enervante. Se merece por lo menos la Medalla al Buen Servicio, acotó a su vez el raso Béjar, demasiado alcoholizado para una hora tan temprana. O un funeral patriótico, dijo algún otro, pues nadie como el alférez Joaquín Bautista había aportado tantas luces al conocimiento de la batalla del Zurco. La idea no pareció mal a los que esa tarde estaban en el cafetín de mi padre. Ya iba siendo hora de tener por esos llanos

unas exequias como Dios manda. Quizás entonces los miembros del Regimiento Santa Engracia podrían dejar de lado sus uniformes de campaña y desembaular los uniformes de gala que no usaban desde hacía tres lustros, cuando el Gran Brigadier visitó el pueblo para darles un reconocimiento. Por un instante el alférez suicida se disolvió en el aguardiente, y la nostalgia sembró en los viejos una sonrisa que parecía de gratitud, como si la extinción de su camarada les diese una oportunidad para desempolvarse, ya no sólo con el pretexto de la batalla sino por un entierro militar como no se había visto desde los tiempos del frío. Allí estarían todos, ataviados como húsares, cargando de seis en seis el baúl abanderado del honorable Joaquín Bautista, valiente amigo, muerto en el cumplimiento de su deber, celoso guardián de la sacratísima memoria de nuestros héroes, pilar de la nación. El Señor Regidor podría después pronunciar una emotiva arenga desde el balcón que daba a la plaza, y el resto del pueblo vería a los sobrevivientes del Regimiento Santa Engracia alineados abajo, sable en mano, conteniendo con prestancia la expresión del hondo sentimiento que les daba perder a un camarada de esas dimensiones, señores, un titán que apenas ayer habría sido sólo un viejo, otro más, que jugaba al ajedrez en los bancos de la plaza y consultaba ostentosamente el reloj de bolsillo que le habría entregado en su agonía el propio general Iruegas. Aquel reloj ahora pasaría a manos de su sobrina, que estaría también en las exequias como una viuda pulcra, llorando, ella sí, la muerte de su señor tío, ay, tan decente que ni parecía soldado, tan bueno que hasta escribía poemas y le costaba trabajo no querer al enemigo. Yo no entiendo de estas cosas, solía decir la mujer cuando visitaba a mi madre, pero créame que mi tío era un hombre pacífico, no estaba nada bien con las valentonas de sus compañeros, y hasta llegó a hacerse de palabras con ellos cuando le reprocharon que conviviese con los forasteros que hacían de federalistas. Nunca vi rabiarse tanto al bueno de mi tío como el día en que le dijeron que habían acuchillado a uno de los federalistas allá en Cruz de Piedra. A mí me parece que fue entonces cuando el mundo se le vino encima, comadre, porque créame que desde entonces las cosas nunca volvieron a ser las mismas entre mi amado tío y los del Santa Engracia, vaya una a saber por qué.

Imaginaban las exequias del alférez Bautista y sentían que estaban de vuelta en sus años de gloria. Se alegraban aunque sabían que no era cierto, porque en el fondo había cosas que no podían ser igual que antes y que en la muerte de su camarada había algo de sentencia. Era tan claro como el hecho de que cada año

se les moría alguien, tan visible como que estaban cada día más viejos y que ninguno de ellos podría resucitar para el entierro del alférez su uniforme de gala, pues ya desde la visita del Gran Brigadier sus galas presentaban heridas de polilla mayores que de bala. Y aunque esa tarde lo desearan de otro modo, aunque se jactaran de la fidelidad de sus conmemoraciones, del entusiasmo de sus actores y del realismo del vestuario de los federalistas, se daban cuenta de que por más que insistieran en ajustarse a todo aquello la vejez cobraría al cabo su saldo inevitable. Ya resentían en el cuerpo las caminatas hasta la llanura del Zurco, la fatiga de la belicosidad, el peso de las armas. Ya comprendían que no iban a durar así mucho tiempo, y que en la muerte del alférez había cosas que no encajaban.

Recordaban a su pesar que en los últimos meses las aportaciones del alférez, su más devoto compañero, habían sido erráticas, y que sus notas recientes sobre la batalla del Zurco estaban llenas de incorrecciones que en otros tiempos ni él mismo se habría permitido. Pero lo más grave era que la transformación del alférez Joaquín Bautista había dejado de ser un secreto, y que en el pueblo entero se rumoreaba que días antes de su muerte algo se había quebrado en la hermandad, algo que todos resientieron profundamente cuando supieron que se había quitado la vida. En voz baja y de noche, mi padre aseguraba que en una de sus últimas reuniones el capitán Margules habría reprochado duramente al alférez que cada vez les informase menos de los resultados de sus incursiones en los archivos del Ministerio de Guerra en la capital. Añadía a esto mi padre que esa tarde el alférez Bautista no tomó muy bien los reclamos de su antiguo superior, y le insinuó con evasivas que había cosas que es mejor no saber, Nicolás, y si tanto te interesan los resultados de mis viajes a la ciudad, yo mismo me encargaré muy pronto de revelar a los periódicos verdades como templos por las que el Regimiento Santa Engracia tendrá que tomar decisiones importantes. Luego le dijo que estaba pasando por una época algo difícil, con la esperanza de que sus camaradas pudieran echarle una mano, pero que no fueran a creer que mendigaba, simplemente pedía lo justo por una vida entera dedicada a obedecer sus malditas órdenes y a perpetuar, así lo dijo, una infamia como la batalla del Zurco.

No iban más allá los comentarios de mi padre sobre el desencuentro entre el alférez y sus compañeros, aunque al paso de los días los corrillos del pueblo le fueron añadiendo muchas otras historias, rumores ciertos o malintencionados donde se afirmaba que el alférez no era hombre para chantajear así a sus camaradas, por lo que sus problemas con el capitán Margules debían tener por fuerza otros motivos, y quién sabe, señores, quién sabe si era cierto aquello que

decían del capitán, que la mañana en que halló el cadáver del alférez había volteado la casa de arriba abajo buscando en vano una caja de guardar tabaco que estaría llena de documentos comprometedores recabados por el alférez en una de sus últimas visitas de la capital, cuando asistió como testigo a la exhumación de los restos del general Iruegas para enterrarlo en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Del contenido de la caja se dijeron muchas cosas, todas ellas vinculadas con el posible hallazgo de un informe forense, una prueba o un testimonio irrefutable de que al general Iruegas le habían disparado por la espalda, lo cual significaba que, o bien lo habían matado los suyos o bien huía de los federalistas cuando éstos lo abatieron en la mítica carga de la batalla del Zurco.

No sé ni recuerdo de dónde salió esta historia de la caja de guardar tabaco. Sólo sé que nos quedó grabada en la memoria y en el ánimo como la coda de la canción que gritábamos siempre los niños para ofender a los veteranos del Regimiento Santa Engracia. Nunca nadie se ocupó de constatar si fue ésa la razón por la cual el alférez Joaquín Bautista se quitó o perdió la vida. Quizá los viejos, el Señor Regidor y hasta la policía entendieron que era mejor no saberlo. En todo caso, lo cierto es que a partir de entonces la conmemoración de la batalla del Zurco comenzó a debilitarse al par de sus actores. De la noche a la mañana el Ministerio de Cultura dejó de interesarse por nosotros, las televisoras dejaron de venir y los viejos del Regimiento Santa Engracia se fueron muriendo sin que hubiera forma de impedir que con ellos se extinguiese también nuestro pueblo.

Una mañana, en tránsito por una estación del tren suburbano, me encontré con mi paisano Carlos Lagunas, amigo de mi infancia y sobrino nieto del alférez Joaquín Bautista, de quien llegó a heredar el reloj que había sido del general Iruegas y los mismos ojos tristes que recordábamos de su desdichado tío abuelo. Me fijé en eso cuando lo vi de nuevo, en sus ojos, que parecían los mismos de hacía no sé cuántos años, aunque ahora su tristeza se veía acentuada por el martilleo natural de una vida que no debía haber sido muy distinta de la mía: un exilio perpetuo, un bregar entre grandes ciudades sin alcanzar nunca a encontrarse bien en ninguna de ellas o con ninguna persona que no estuviese de un modo u otro vinculada con un pasado provinciano tan añorado como vergonzoso. Yo venía de una entrevista de trabajo en la que no me había ido demasiado bien, de modo que no llevaba prisa ni estaba en condiciones de desdeñar mi encuentro con un antiguo conocido. Parado en el andén, con una



gabardina algo raída, Carlos Lagunas leía con atención un periódico deportivo y al hacerlo movía los labios como si le costara trabajo creer, o peor aún, comprender lo que estaba leyendo. Se sostenía primero en un pie y luego en otro con una oscilación nerviosa que me hizo pensar en el péndulo de un reloj. Pensé entonces que aquel balanceo era también una manera de demostrar que no acababa de sentirse a gusto en aquel lugar, como si intentara discretamente emprender el vuelo y largarse para siempre a un pueblo donde no tuviese que esperar trenes ni entretener sus días con acontecimientos deportivos que en el fondo le importaban un higo.

Sin pensarlo demasiado me acerqué a él esperando que me reconociera, lo cual hizo enseguida con un brinco más bien penoso. Nos abrazamos sin mucho entusiasmo, pero igual acabamos charlando en el bar de la estación, cada uno disimulando de la mejor manera su avidez por alargar aquel encuentro. En algún punto de la conversación le pregunté si había vuelto alguna vez a nuestro pueblo, y él respondió que sí, hacía unos diez años, cuando murió su madre y fue a tomar posesión, entre otras cosas, de la casa donde había muerto el alférez Joaquín Bautista, que había



permanecido desocupada desde entonces. Naturalmente, me dijo Carlos Lagunas, encontró la casa de su tío abuelo hecha una ruina. Me contó que no se acordaba de nada. Aquellos cuartos sórdidos, cubiertos de graffiti y minados de jeringas, bolsas de plástico y excrementos de vagabundos no lo emocionaron. Pensó con tristeza, que él no pertenecía a ese lugar, que ya era sólo un hombre de ciudad curioseando en la casa de un fantasma pueblerino. El hombre que lo acompañaba le dijo que si lo deseaba podía pasar al cuarto del fondo. Carlos Lagunas aceptó con desgano, y al apoyar la mano en la perilla de la puerta algo le ocurrió. De repente se sintió guiado por una suerte de intuición insostenible, y el recuerdo le hizo desplazarse con creciente rapidez conforme el niño que había sido tanto tiempo atrás, cuando visitaba aquella casa, despertaba en él. Así entró en el cuarto donde había muerto su tío abuelo y su mirada se dirigió al suelo en el punto donde habría estado la cama. Entonces, con una aprehensión inexplicable, se puso a gatas, hurgó en la duela, alzó de golpe una placa de madera, metió la mano y extrajo una caja pequeña, un tesoro que acaso habría visto a su tío abuelo resguardar alguna tarde en ese mismo escondrijo.

Cómo o por qué había actuado de esa forma, era algo que Carlos Lagunas no acababa de explicarse cuando me contó su historia. Lo cierto es que en ese momento le pareció casi natural que aquel objeto estuviese ahora en sus manos. Fue como si siempre hubiese sido mío, me dijo años después mientras charlábamos en el bar de la estación. O como si lo hubiera estado

esperando con paciencia para que un día de muchos años y muchos muertos más tarde él abandonase corriendo aquella casa y abriese de golpe, en plena calle desolada, aquella caja de guardar tabaco cuyo contenido había sido inventado e imaginado por cada uno de los seres que habíamos poblado su infancia.

Pero era otra cosa, me aclaró luego Carlos Lagunas como si ahora mismo estuviese junto a mí abriendo la caja y esperando hallar la prueba incontestable de que el general Iruegas había sido asesinado por la espalda. No era eso, insistió mi paisano. Eran cartas de amor, carajo, cartas de amor que le había escrito a mi tío el sargento aquel que acuchillaron en Cruz de Piedra, el muy marica. Acto seguido me contó que el alférez Joaquín Bautista tenía aquellas cartas cuidadosamente atadas con cintas tricolores, las mismas con que antes había decorado su uniforme de bravo héroe de la batalla del Zuroco. Carlos Lagunas me lo dijo sin pena, más bien molesto, no sé si con su tío abuelo o consigo mismo o con todo lo que esa revelación significaba. Mientras le oía hablar, pensé que tal vez mi paisano había tenido esa tarde deseos de gritar su desazón, un prurito irrefrenable de escandalizar a alguien en aquel pueblo desierto. Lo imaginé en mitad de la calle, con la caja de su tío en una mano y las cartas amorosas del sargentillo federalista en la otra, mirando con profundo desamparo hacia la plaza donde tantas veces vimos bajar a los héroes del Regimiento Santa Engracia, rebuscando el balcón desde el cual él mismo alguna vez gritó que al general Iruegas lo habían matado por la espalda, reinventándose el momento en que el